



Carlos Osoro Sierra  
Arzobispo de Oviedo

**Con los jóvenes de Asturias  
«La Virgen María Inmaculada,  
primer sagrario en este mundo»  
25ª catequesis en los encuentros de oración  
Covadonga, 7 de septiembre de 2005**

Texto a meditar: Ap 12, 1-17 ¡Cuántas cosas hemos vivido en estos meses de verano desde que tuvimos la última oración de jóvenes en el mes de junio! Entre todas ellas ha sobresalido el encuentro mundial de jóvenes con el Papa, tanto para los que habéis podido asistir como para quienes lo habéis seguido a distancia. Unos cuatrocientos jóvenes de Asturias han participado en ese encuentro que hemos preparado haciendo un camino juntos a través de la oración y de la catequesis mensual, profundizando en el misterio de la Eucaristía. El encuentro de jóvenes nos hizo ver a través del lema –«Hemos venido a adorarle»– que también nosotros como los Magos deseamos hacer lo mismo y vivir de acuerdo con esa manera de estar en el mundo, siendo adoradores en espíritu y en verdad. Un año más, en torno a nuestra Madre la Virgen de Covadonga, contemplemos al Señor desde el primer sagrario que le contuvo y que nos lo dio a conocer. También nosotros hoy junto a María, y como los Magos de Oriente, «hemos venido a adorarle». Demos la mano a la Santina.

**1. En Covadonga junto a María, «hemos venido a adorarle» y queremos aprender a vivir como Ella**

Entra y déjate envolver por la profundidad del misterio de la Encarnación. Hay dos versículos del capítulo dieciocho del libro de la Sabiduría en la liturgia de Navidad, que a mi personalmente me han sobrecogido siempre; se refieren al misterio de la Encarnación y dicen así: «*Un silencio sereno lo envolvía todo y, al mediar la noche su carrera, tu palabra todopoderosa se abalanzó, como paladín inexorable, desde el trono real de los cielos*» (Sab 18, 14-15). Son unas palabras que contienen el inmenso e infinito silencio que reina en la profundidad del misterio de la Encarnación. Porque en el silencio suceden los grandes acontecimientos. Fue en el silencio donde el corazón de María es tocado por el Amor y es convocado a la libertad absoluta del espíritu, Ella acepta este Amor y esta convocación, y la acción de Dios no se deja esperar, de tal modo que su seno es fecundado para dar fruto. ¡Cómo no invitar a que dirijas la mirada al más silencioso de los acontecimientos y al más importante de todos los que han acontecido! Es un acontecimiento que proviene de Dios mismo.

Si de alguien se puede decir que vuelve el corazón a Dios, es de María. Y se hace realidad lo que nos dice el libro del Apocalipsis: «*Una gran señal apareció en el cielo: una Mujer, vestida de sol, con la luna bajo sus pies, y una corona de doce estrellas sobre su cabeza; está encinta, y grita con los dolores del parto y con el tormento de dar a luz*» (Ap 12, 1-2). En el silencio, por la aceptación del Amor, por volver la mirada a quien es Amor, por saber decir con sabiduría «*hágase en mi según tu palabra*», María se convierte en el primer sagrario: contiene a Dios mismo que se hace hombre por amor a todos los hombres. Hoy venimos a adorarle, aquí, junto a María. A Ella le pedimos con insistencia que nos enseñe a vivir en el silencio para escuchar lo más importante; a saber dejarnos tocar como Ella por la presencia de Dios mismo que nos ama, a saber dejarnos tocar por el Amor y a saber darle una respuesta inmediata como lo hizo la Virgen María.

**2. En Covadonga junto a María, «hemos venido a adorarle» y a conocer más a su Madre la Virgen Inmaculada, para contemplar mejor a su Hijo Jesucristo**

Hay una expresión que seguro muchas veces has oído, «si quieres conocer la especie de un árbol, hay que observar la tierra en la que hunde sus raíces y desde la que sube la sabia al tronco, para producir ramas, flores y frutos». Por eso

hemos de conocer a María nuestra Madre. ¡Qué bella es la tierra en la que surge la figura del Señor: María! En el saludo del ángel y en la respuesta de María vemos a una mujer que confía absolutamente en Dios. Quizá esta sería la categoría más sublime de nuestra Madre: confiar absolutamente en el Señor. Y esta es la que te propongo en este momento de tu vida y de la historia de los hombres. Es muy importante que esta humanidad vuelva a fiarse de Dios; para ello son necesarios testigos de confianza absoluta en Dios. ¡Cuántas cosas nos piden su confianza! ¡En cuántas cosas ponemos el corazón! Y Dios que no es una cosa, es Él, el único, el que hizo todo lo que existe, quien te entrega de lo suyo, es más, se entrega Él mismo a ti, a veces le regateamos la confianza. Cuando Dios le pide a María su persona y Ella percibe que algo tremendo se le viene encima, sin embargo ella confía ciegamente en Dios.

María deja siempre hablar a Dios y vive de su Palabra. Cuando le viene el trance de tener que dar explicación a su esposo José de lo acontecido en su persona, deja que Dios hable y explique. Cuando da a luz en Belén en la pobreza y estrechez, deja que Dios hable y se manifieste a los hombres, «*gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres en quienes él se complace*» (Lc 2, 14). Y cuando se perdió el Señor en el templo, después de la conversación con sus padres, nos dice el evangelio que «*su Madre conservaba en su interior el recuerdo de todo aquello*» y se fía de Dios (cf. Lc 2, 41-50). Y cuando llegan los momentos de la vida pública, Ella siempre junto a su Hijo, para decir a los hombres en las bodas de Caná, «*haced lo que Él os diga*» o para escuchar de labios de Jesús ante aquella exclamación de la mujer que le decía, «*dichoso el vientre que llevó y los pechos que te criaron*», «*dichosos más bien los que escuchan la Palabra de Dios y la cumplen*», refiriéndose a su Madre (cf. Lc 11, 27-28). Y cuando quiere decir quienes son miembros de su familia de verdad, aprovechando la presencia de su Madre, dice, «*aquí tenéis a mi madre y mis hermanos. El que cumple la voluntad de Dios, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre*» (cf. Mc 3, 31-35). Y al pie de la Cruz, cuando el corazón de María está desgarrado, oye decir a su Hijo, «*mujer, ahí tienes a tu hijo*» y dice a Juan su discípulo y en él a nosotros, «*hijo, ahí tienes a tu Madre*».

Tiempos de silencio, de serena y profunda acogida de la Palabra en el acontecer de cada día, que hace surgir del corazón de María ese Amor que Ella había recibido y que lo quiere entregar y hacer presente entre los hombres. Contiene al Amor en su seno y se lo regala a los hombres, haciéndolo presente en este mundo. ¡Qué sagrario más maravilloso! En la Anunciación se le dijo a María, «*por eso el que ha de nacer será santo y será llamado Hijo de Dios*» (Lc 1, 35b). Y Ella, al Santo que la impregnó desde siempre de su misterio y de su vida, le ha dado todo: su corazón, su honra, su sangre y toda la fuerza de su amor. Ella es la expresión máxima de la criatura humana preservada por Dios del pecado, es la expresión singular de la belleza de la criatura que Dios entrega, por eso es la Inmaculada. Y el Santo la ha elevado sobre todas las criaturas, por ello el Concilio Vaticano II, nos dice: «*La Santísima Virgen, predestinada desde toda la eternidad como Madre de Dios juntamente con la encarnación del Verbo, por disposición de la divina Providencia, fue en la tierra la Madre excelsa del divino redentor, compañera singularmente generosa y humilde esclava del Señor*» (LG 61). Y en la bula definitoria de la Inmaculada Concepción (Ineffabilis Deus) afirmaba Pío IX: «*Dios preestableció con un único y mismo decreto el origen de María y la encarnación de la divina sabiduría*». Junto a María, aquí en Covadonga, imitándola a Ella y con su ayuda, haz un gesto de confianza absoluta en Dios. Entrégale a Dios como Ella todo lo que eres y vives.

### **3. En Covadonga junto a María, «hemos venido a adorarle» en la Eucaristía, donde el Señor sigue prolongando su Encarnación, queremos hacerlo junto a su Madre**

¡Cómo me gusta recordar dos acontecimientos en los que la Virgen María tiene un protagonismo especial: la adoración de los Magos y la visitación a su prima Isabel! Son dos sucesos diferentes, pero tienen algo común. En la adoración de los Magos, descubrimos cómo estos hombres se encuentran con el Señor y ese encuentro, hace posible que tomen otra dirección, «*volvieron por otro camino*»; no regresaron a ver a Herodes, sino que marcharon por otro lugar. Y es que el encuentro con Jesucristo cambia nuestra vida totalmente, nos marca otra dirección. Por fidelidad a Dios, a los hombres, a esta historia, tenemos necesidad de otro camino y éste solamente nos lo puede entregar Jesucristo. El otro acontecimiento es la visitación de María a su prima Isabel. María tiene en su seno a Jesucristo. Quien tiene a Jesucristo no puede estar quieto, tiene que mirar a los demás. Y esto es lo que hace María, marcha corriendo donde su prima Isabel, necesita comunicar lo que ha acontecido en Ella. Lo maravilloso es que la comunicación de lo que acontece en María, la hace el mismo Jesucristo que está en Ella. En cuanto llega a casa de Isabel, Nuestro Señor, que habita en el vientre de María, hace saltar de gozo a un niño no nacido aún, que está en el vientre de Isabel y por otra parte hace ver a Isabel lo importante que es fiarse de Dios, por eso Isabel prorrumpe diciendo «*dichosa tú que has creído que lo que te ha dicho el Señor*». De tal manera que a través de María se manifiesta el poder de Dios y éste, además, se hace presente en la existencia de un ser humano. Estos dos acontecimientos me dan pie para acercar a tu vida el Misterio de la Eucaristía.

Aquellas palabras del Señor, «*he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo*» (Mt 28, 20), se realizaron en el momento de la Encarnación, en el nacimiento del Señor y en toda la vida histórica del Señor, desde su muerte hasta su resurrección, pero se prolongan en el misterio de la Eucaristía. Es precisamente en la Eucaristía, el supremo don de Cristo a la Iglesia, donde se hace presente sacramentalmente el sacrificio de Cristo para nuestra salvación. La Eucaristía nos hace gustar la eternidad en el tiempo, es presencia real de Cristo y es portadora de la gracia en la historia humana; nos abre al futuro de Dios porque al vivir la comunión con el Cuerpo y Sangre de Cristo, participamos de la vida eterna de Dios. Quien se encuentra con el Señor en el misterio de la Eucaristía, le acontece como a los Magos y como a María en la visitación, tiene que iniciar otro camino y los demás percibirán la novedad de nuestra vida nacida de la comunión con el Señor, pues nos hace vivir la existencia como peregrinos que anticipamos ya ese encuentro supremo del día que seremos semejantes a Él. La Iglesia, los discípulos de Cristo, tenemos que acudir al encuentro con Jesucristo para adorarle y participar de ese alimento, pues es fuente y cima de toda la vida cristiana. Quien no adora y entra en comunión con el Señor, allí donde realmente se hace presente, como es en el misterio de la Eucaristía, no conoce a Cristo y no se conoce a sí mismo. No conocer al Amor, nos hace vivir desconociéndonos a nosotros mismos y a los demás. El misterio del hombre hay que esclarecerlo en el misterio de Jesucristo.

El centro de nuestra vida y de nuestra misión como discípulos de Cristo tiene que ser el mismo Jesucristo. Y a Él lo encontramos en la Eucaristía. Por ello, contemplar el rostro de Cristo y contemplarlo con María, es nuestro programa, es el programa que el Papa Juan Pablo II nos entregaba al inicio del tercer milenio. Esta es nuestra gran tarea: «*Contemplar a Cristo implica saber reconocerlo donde quiera que Él se manifieste, en sus multiformes presencias, pero sobre todo en el Sacramento vivo de su cuerpo y de su sangre*» (EdE 6). O vivimos de la Eucaristía o no tenemos vida en nosotros. O vivimos de la Eucaristía o haremos el camino de siempre y no el nuevo que nos invita a hacer Cristo. La Iglesia se alimenta de Cristo Eucaristía y es iluminada por Él, es misterio de fe y misterio de luz. ¡Qué belleza tiene el tiempo cuando lo vivimos desde Cristo! Desde hace dos mil años el tiempo cristiano está marcado por la memoria de aquél primer día después del sábado en el que Cristo resucitó y llevó a sus discípulos su paz y su Espíritu. Celebrar el día del Señor debe ser el eje central de nuestra vida personal y de la historia. Por eso es un deber irrenunciable para todo cristiano vivir y celebrar la pascua del Señor, por lo menos el domingo en que los cristianos nos reunimos como familia de Dios. Hoy en Covadonga, junto a María, «*hemos venido a adorarle*» y hacer el compromiso de la adoración y celebración de la Eucaristía. Hemos venido a este mundo para adorarle.

Con gran afecto, te bendice

+ Pablo, Arzobispo de Oviedo

---